

## LA LLEGADA DE LOS NUEVOS

**M**IENTRAS el partido del Gobierno va ocupando impecablemente cargos y destinos —y es curioso que en castellano la misma palabra, destino, sirva para designar el hado, lo fatal, y un empleo en un Ministerio, que toma así una carga lingüística de eternidad—, y hasta creando nuevos Ministerios con toda su corte de empleos de distintos rangos, critica ásperamente a la izquierda municipal que se apresta a ocupar con sus personas de confianza los empleos largamente detentados por la designación de la derecha. Se ha llamado a estos alcaldes y concejales electos "totalitarios" por personas que en un sencillo espejo podrían recibir una denominación parecida. Mientras una disposición ramplona aparecida en el "Boletín" trata de salvar para el partido anegado por la coalición municipal puestos representativos y proporcionales en los municipios, se trata de evitar que en las Comisiones del Congreso la oposición tenga la fuerza que debe. Y cuando socialistas y comunistas llegan a un acuerdo común para la gestión en los municipios, el grupo que ha conseguido el Gobierno modelando una coalición propia, una unión, como su propio nombre indica, y que ha recibido el apoyo de otros grupos parlamentarios para tener la mayoría que le permite gobernar por sí solo, clama recordando el Frente Popular que, en sus labios, significa algo así como la responsabilidad de la guerra civil; o acusan a los socialistas de "haberse vuelto locos" —palabras del alcalde perdido, señor Álvarez— por comunicar con los comunistas. Preocupados, de repente, por la estabilidad de la mente socialista, por su decoro y su conveniencia.

**A**SI llegan al país una serie de personajes nuevos o renovados, en puestos de Gobierno o en puestos municipales; unos simplemente cambiados de lugar, otros recompensados o ascendidos. Convengamos en que no todo es lo mismo ni tiene el mismo sentido. Los cambios gubernamentales tienen un signo contradictorio de continuidad, por una parte, y de interrupción de lo emprendido, por otra; los cambios municipales, en cambio, intentan una modificación considerable de la vida ciudadana.

**E**N TRE los miembros de UCD llevados al Gobierno o al Parlamento, una gran parte tiene vocación democrática y se ha distinguido en ella en su enfrentamiento con el franquismo y en formas prudentes y coyunturales de colaboración con la oposición de izquierdas, en cuanto ésta representaba la legitimación de la democracia. No obstante, proceden de clases dominantes durante la época franquista, muchos han ejercido en ella puestos de responsabilidad y han recibido en ella una determinada carga psicológica y un sentido del poder. Falto su partido de una ideología estable, tradicional o profunda —como se ve en sus sucesivas declaraciones, y especialmente en las de su presidente, el señor Suárez—, se puede colegir por sus actos de Gobierno que aspiran, en lo político, a una legalización democrática de unas determinadas clases sociales que les sustentan, que procuran consolidar en lo económico el sistema capitalista y que tienden a que la justicia social se realice con arreglo a una jerarquización de valores que consideran perdurables. Procuran recortar los poderes de las clases representadas por otros partidos por las limitaciones de la proporcionalidad —la regla d'Hondt, que, sin embargo, se ha vuelto en contra en las elecciones municipales—, por la ambigü-

dad de la Constitución, cuyo desarrollo queda en sus manos, por las legislaciones sobre trabajo y seguridad social; está en su vocación conservadora y está, además, apoyado por la gran derecha, que ésa sí procede del régimen anterior, y que considera como sospechoso este Gobierno, pero al mismo tiempo le ve como un mal menor. Todavía hay sueños de autocracia, cierta esperanza de que las cosas irán a peor y justificarán medidas excepcionales, incluso ciertas acciones, directas o indirectas, para que esas "cosas" vayan ciertamente peor. Los más extremistas creen que todavía hay soluciones; pero la mayoría ve que ha perdido ya la carrera. A estos grupos el Gobierno de UCD debe entregarles cierto mando, ciertas posibilidades de enriquecimiento o por lo menos de mantener su riqueza, cierto control de lo espiritual. Les debe un apoyo, y lo paga. En todo ello está presente un sentido de la continuidad, de la irradiación de la ruptura. Ni la quieren ellos mismos, ni les sería tolerada. En breve, se configuran como un Gobierno de la Europa Occidental; muy visiblemente, como el de Francia o como el de Italia; incluso con menos sobresaltos. En otros, más al Norte, Gobiernos con procedencia lejana de la izquierda han tenido que pactar, también, con las grandes fuerzas tradicionales del país para mantener una continuidad.

**S**IN embargo, dentro de esta estima por la continuidad reformada o modificada de una manera más conforme con ciertas exigencias, ciertas modas, ciertos usos y costumbres, el Gobierno ha roto ante esta legislatura su superficie anterior y ha lanzado nombres nuevos, los va a ir lanzando poco a poco en sucesivos Consejos de Ministros; ha irradiado algunos ministros, ha cambiado de puesto a otros. Apoyada como está la gobernación de España, por tradición no desmentida, en la fuerza de lo personal más que de los estatutos, esta ruptura es perjudicial. Aporta ya un gasto considerable al presupuesto; implica cambios de orientaciones y sistemas, que fatalmente no van a dejar de moverse en el mismo círculo y con los mismos objetivos. El país termina viendo estos cambios como productores de retraso en la solución de problemas urgentes. Hay quizá cientos de miles de personas en la nación



El grupo que ha conseguido el Gobierno mediante una coalición propia, la Unión, clama, ante meros acuerdos municipales de la izquierda, recordando el siempre peyorativo Frente Popular.

## LA INVERSION DE LOS SIMBOLOS

**L** A decisión del alcalde socialista de Madrid de instalar el crucifijo en su mesa presidencial es equivalente a la del presidente de las Cortes cuando lo hizo retirar de su despacho. Los dos políticos consiguen así irritar considerablemente a sus partidarios y halagar a sus adversarios; dado el sadomasoquismo que preside la política nacional, los dos gestos son coherentes. En un segundo pensamiento, los partidarios se tranquilizan considerando que una astucia muy inteligente, y los adversarios se reafirman en pensar que a ellos no les engaña nadie con un gesto espectacular. La historia de este país se ha hecho a base de dramas por quitar o poner Cristos y, finalmente, seguimos en lo mismo, y si los protagonistas del gesto están invertidos con respecto a sus roles clásicos, se ha de suponer que esta confusión es algo esperanzador, aunque no se sepa muy bien por qué.

En la misma línea está la decisión del alcalde de Córdoba, comunista, que ha anunciado ya que presidirá las procesiones católicas. Puede esperarse el gesto correspondiente por parte del obispo de Córdoba, que sin duda acudirá dentro de unos días a presidir la manifestación del 1 de mayo. La costumbre podría extenderse y veríamos pronto a los alcaldes de la izquierda en los rosarios públicos, los actos mariológicos, la Misa mayor de los domingos, y a los obispos y canónigos en los mítines, los congresos y las manifestaciones de la izquierda. Todo ello puede aumentar la admiración del "mundo, que contempla con envidia la serenidad de nuestro proceso democrático", frase que ya se ha consagrado —porque los españoles necesitamos siempre creer que en cualquier momento hay un mundo que nos contempla con envidia, sea lo que sea lo que hagamos—, y hará crecer notablemente el turismo y, sin duda, provocará un considerable regocijo en muchos vecindarios. Lo cual será también conveniente para municipios que sufren de profunda seriedad.

La idea de que el alcalde que representa un partido laico retire el crucifijo; la de que lo instale un presidente de las Cortes que representa unos votantes católicos; la de que los alcaldes de izquierda no colaboren con los actos religiosos y la de que los obispos no acudan a los actos de la izquierda —que parece que es la única verosímil—, representa unos valores antiguos de orden, clarificación y responsabilidad de cada uno ante sus propias ideologías que no están inscritas en la organización mental de la España actual. Entendámonos: una cosa es el respeto a las vidas, creencias y opiniones de los otros, de los que son minoría dentro de aquello que se gobierna, y otra es adquirir su mimetismo, sus símbolos y sus costumbres, sin compartirlas mentalmente. Yo recuerdo un ateo que no entraba jamás en la iglesia, ni en bodas, bautizos o comuniones, no por el odio que tuviera a la religión, que no tenía ninguno, sino porque le parecía una ofensa a los creyentes llevar su presencia fría y crítica al templo de los otros. Pero era un hombre de otros tiempos.

POZUELO



que tienen sus proyectos y sus problemas pendientes de ver lo que hace cualquier nuevo director general, cuál va a ser su decisión, en qué va a modificar la labor del anterior: porque cada uno quiere que se note, hacerse notar.

**E**l cambio municipal, más radical, tiene un sentido distinto. Desde aquí se ha dicho que es "la primera ruptura". A pesar de la enorme moderación con que aparecen los alcaldes incorporados esta semana a sus cargos, es imprescindible la rápida acción y el desmantelamiento de los tinglados anteriores. Porque si este Gobierno, con la duración de su partido en el poder, ha ido desmoronando aquello que era inviable, y que quedaba como un esqueleto imposible del régimen anterior, en los municipios no ha sido así. Toda la fuerza del franquismo se depositó en ellos: cuando la fuerza se debilitó, quedó la corrupción, la caricatura, el disparate, el beneficio personal, la autoridad impulsiva. "Los nuevos" son distintos en el Gobierno y en los municipios: en el Gobierno, desbaratarán las cartas para hacer la misma jugada, con el consiguiente retraso de todo; en los Ayuntamientos tienen que hacer una jugada distinta. Si no la hacen, sus electores se la demandarán.